

Italia, origen de los tercios, escuela del soldado español

La batalla de Pavía, de la que en 2025 se cumplen cinco siglos, inauguró una centuria de superioridad del soldado español en los campos de batalla europeos, una superioridad forjada desde décadas atrás en las encarnizadas Guerras de Italia.

El hispanista Idan Sherer, discípulo de Yuval Noah Harari, nos alista en los tercios para contarnos en primera persona al más puro estilo de *El rostro de la batalla* las vicisitudes de estos soldados, de sus privaciones cotidianas a la realidad del combate, que forjaron un inquebrantable espíritu de cuerpo único en su época.



Italia mi ventura. El soldado español en las guerras de Italia
978-84-128158-5-6
360 páginas + 8 en color
15,5 x 23,5 cm
Rústica con solapas
P.V.P. 26,95 €

«España mi natura, Italia mi ventura, Flandes mi sepultura», rezan unos versillos anónimos populares entre la soldadesca española de los tercios que combatía por su rey en las cuatro esquinas de Europa. Pero en la primera mitad del siglo XVI la península itálica, lejos de ser plácido lugar para entrenamiento de bisoños y solaz de veteranos, fue escenario de una acendrada pugna entre España y Francia, décadas de enfrentamientos que convirtieron a Italia en un crisol de nuevas tácticas y tecnología militar; y que propició la aparición de los tercios de infantería españoles como la mejor y más temida fuerza militar de Europa durante más de cien años. En el libro *Italia mi ventura*, Idan Sherer, experto en la guerra renacentista, examina la experiencia del soldado español durante el periodo formativo de las Guerras de Italia, y lo hace de una manera integral, desde su reclutamiento y vida diaria, con el desgaste fruto de desplazamientos, enfermedades o una alimentación a menudo deficiente, hasta la experiencia de combate –fuese en escaramuzas, asedios o batallas–, pasando por aspectos rara vez tratados como el motín o la a menudo conflictiva relación con la población civil, con su máxima expresión en las violencias que seguían a la expugnación de una ciudad y el saco de Roma de 1527 como epítome. El autor también plantea cuestiones de calado que marcan la aparición de la guerra moderna, como las tendencias hacia la privatización y profesionalización, las tensiones entre las motivaciones individuales y la eficacia organizativa, entre los contextos de origen del soldado y su adaptación a la vida militar; o entre el espíritu de cuerpo y la identidad nacional. Un espíritu de cuerpo, impregnado de orgullo por un sentimiento de valía, de celo nacional y religioso, que otorgaba una motivación extraordinaria a la severa sociedad guerrera formada por los soldados españoles de infantería, tantas y tantas veces demostrada sobre el campo de batalla, y que tuvo su origen en las Guerras de Italia.



Idan Sherer es profesor del Departamento de Historia General de la University Ben Gurion del Negev. Recibió su doctorado en la Hebrew University of Jerusalem en 2015 bajo la dirección del profesor Yuval Noah Harari y durante la última década, incluido un año en Berkeley como becario postdoctoral Fulbright, ha estado investigando la historia militar europea medieval y moderna en general, y la española en particular. Es autor de *Italia mi ventura. El soldado español en las guerras de Italia*.

En librerías el miércoles 4 de septiembre. Pincha en este [enlace](#) para obtener más información sobre la obra y [aquí](#) para consultar nuestro Catálogo de publicaciones.

Contacto y entrevistas:

Javier Gómez Valero - Comunicación

Tel. 658 160 824 - comunicacion@despertaferro-ediciones.com

www.despertaferro-ediciones.com



DOSIER DE PRENSA



LAS CLAVES DEL LIBRO

Tácticas, disciplina, liderazgo, espíritu de cuerpo... durante las Guerras de Italia los ejércitos españoles protagonizaron una auténtica revolución militar que dominará los campos de batalla europeos.

Historia tremendamente humana y en primera persona del origen de los tercios españoles desde el punto de vista de los hombres que los integraron: su extracción social, sus motivaciones, sus aspiraciones, sus miedos...

Descripción de la cruda realidad de la guerra de la época y la experiencia en combate, profundizando en los aspectos emocionales y psicológicos.

El libro no evita aspectos controvertidos como los motines, perfectamente reglamentados y que el autor asimila a las huelgas modernas, y los saqueos, "pelotazos" en los que cualquier soldado del montón podía hacerse rico de la noche a la mañana.

Discípulo de Yuval Noah Harari y miembro del equipo de trabajo que colaboró en el *best seller Sapiens*, la obra de Sherer es asimismo heredera de *El rostro de la batalla* de Keegan.



SUMARIO

Italia mi ventura explicado por Idan Sherer

¿DE QUÉ TRATA ESTE LIBRO?

Las Guerras Italianas (1494-1559) marcaron un importante periodo de lucha política y territorial entre España y Francia, durante el cual España se apoyó en gran medida en sus soldados de infantería españoles, que a partir de la década de 1530 se organizaron en tercios. Los tercios desempeñaron un papel decisivo en el dominio de España sobre los campos de batalla de Europa y el Mediterráneo a lo largo de los siglos XVI y XVII y representan lo que algunos consideran el primer ejército “moderno” debido a su organización y administración por parte de la corona española. Sin embargo, la investigación sobre su aparición, impacto, características y experiencia durante las décadas cruciales de las Guerras Italianas sigue siendo escasa y eclipsada por los más comúnmente estudiados periodos posteriores.

Este estudio pretende contribuir a nuestro conocimiento de este importante periodo para el surgimiento de los tercios adentrándose en la vida cotidiana de los soldados de infantería españoles, explorando su reclutamiento, penurias, peligros y las paradójicas oportunidades que ofrecía el servicio militar. Contrariamente a lo que se suele pensar, los soldados españoles procedían a menudo de orígenes diversos y no eran simplemente de baja cuna o incultos. Su profesión los exponía a inmensos riesgos por heridas, enfermedades y, por supuesto, el combate. Sin embargo, la vida militar también les otorgaba libertades inesperadas y oportunidades para enriquecerse –a costa

de la población local.

Especialmente sorprendente, teniendo en cuenta la percepción general de los ejércitos y soldados de la Edad Moderna, fue el hecho de que los soldados españoles exhibieran complejas estructuras sociales para hacer frente a las dificultades, se organizaran durante los motines y desarrollaran un fuerte espíritu de cuerpo que llegó a ser muy valioso para su perdurable reputación. Este estudio revela que estos soldados eran individuos política, social y profesionalmente conscientes, con experiencias profundas y polifacéticas.

¿QUÉ CUENTA CADA CAPÍTULO?

El libro está organizado según las principales experiencias que cualquier soldado español podía esperar encontrar durante su servicio militar en el siglo XVI en general y en las Guerras Italianas en particular. El primer capítulo examina los procesos de reclutamiento y las características de los soldados de infantería en el ejército español durante las Guerras Italianas, haciendo hincapié en el importante papel que desempeñaron las ciudades locales en el apoyo a estos esfuerzos. Los pueblos proporcionaban recursos financieros, provisiones y alojamiento a los capitanes y sus tropas, mientras que se establecían criterios específicos para los reclutas, incluyendo la aptitud física y las restricciones de edad. La mayoría de los soldados solían tener entre 20 y 30 años, y muchos de ellos apenas llegaban a la veintena. Se destacan los retos a los que se enfrentaban

DOSIER DE PRENSA





los capitanes a la hora de dirigir a sus tropas, sobre todo a la hora de mantener la disciplina y asegurarse de que los soldados no maltrataran a las poblaciones locales, ya que muchos reclutas procedían de regiones lejanas y se sentían menos obligados a respetar las costumbres locales.

Además, el texto profundiza en los aspectos financieros del servicio militar, detallando cómo se compensaba a los soldados y las deducciones a las que tenían que hacer frente para costear su propio equipamiento y avituallamiento. Los reclutas recibían un anticipo de la soldada, que a menudo era necesario para comprar ropa y equipo básicos, con disparidades en la paga según el tipo de soldado: los arcabuceros solían ganar más que los piqueros debido a los mayores costes asociados a su armamento. En general, el capítulo proporciona una comprensión matizada de las complejidades que rodean el reclutamiento, la gestión y las realidades financieras de los soldados de infantería en el Ejército español durante este período histórico.

El segundo capítulo del libro profundiza en la vida cotidiana y las condiciones de servicio de la infantería española. Los nuevos reclutas arrojaron dificultades im-

portantes mucho antes de entrar en combate, a menudo lidiando con suministros inadecuados y malas condiciones físicas. El capítulo subraya los desafíos logísticos de mantener un ejército permanente y detalla cómo los soldados hubieron de afrontar la frustración generada por la falta de provisiones y la ineficiencia de la administración militar en la gestión de recursos durante las campañas terrestres o marítimas. El capítulo también contrasta las tasas de mortalidad y las causas de muerte entre los soldados en el siglo XVI con las de los siglos XIX y XX –si bien las muertes no relacionadas con el combate eran comunes debido a enfermedades y malas condiciones sanitarias, los avances en el tratamiento médico y la organización militar redujeron significativamente estas tasas desde el siglo XIX–. La evolución de la logística y la atención sanitaria contribuyó a una gestión más eficaz de la salud y el bienestar de los soldados, lo que refleja una tendencia más amplia en la modernización de las prácticas militares. En general, el capítulo ofrece un examen exhaustivo de los numerosos desafíos que enfrentaron los soldados, destacando el papel fundamental de la eficiencia administrativa y la gestión de recursos, o la ausencia de ella, en el mantenimiento de las fuerzas militares en el siglo XVI.

El capítulo tres analiza las características generales y las causas de los motines entre los soldados españoles durante las Guerras Italianas, centrándose particularmente en quejas como el hambre, la falta de suministros y los salarios atrasados. Los soldados a menudo guardaban silencio sobre su descontento hasta que sus frustraciones llegaban a un punto crítico, momento en el que las cuestiones financieras, especialmente los impagos, adquirieron importancia. Los motines fueron tan comunes en los ejércitos profesionales y mercenarios de las guerras italianas como lo fueron los problemas financieros y logísticos que constituyeron las principales causas de la desobediencia masiva. Los soldados desarrollaron y mantuvieron instituciones sociales específicas para manejar estos motines, como la elección de representantes, conocidos como electos, para negociar con sus oficiales superiores y generales.

La respuesta de los líderes militares a estos motines fue compleja, ya que tuvieron que navegar por el delicado equilibrio entre mantener la disciplina y abordar las preocupaciones legítimas de los soldados. Si bien los generales a menudo expresaban indignación por las acciones de los amotinados en correspondencia privada, sus comunicaciones públicas eran más conciliadoras y reflejaban una comprensión de los agravios de los soldados. La proximidad entre estos y sus oficiales contribuyó a un ambiente disciplinario único, donde las líneas borrosas de autoridad permitieron una interacción más dinámica. En última instancia, el capítulo sugiere que, si bien los motines fueron perturbadores, también fueron vistos como parte de la relación profesional entre los soldados y sus líderes, y las

negociaciones a menudo conducían a resoluciones que no socavaban fundamentalmente el sistema militar.

El capítulo cinco explora las implicaciones más amplias del fenómeno del saqueo de ciudades durante las primeras guerras modernas, utilizando el saqueo de Roma por el ejército imperial en 1527 y el saqueo de Prato por los españoles en 1512 como estudios de caso. Analiza cómo los procesos de anonimato, sugestionabilidad y contagio conductual entre soldados pueden conducir a una mentalidad colectiva que fomenta la violencia y la brutalidad extremas, superando a menudo las normas de comportamiento civilizado. Los relatos de testigos presenciales revelan la naturaleza caótica de estos acontecimientos, en los que los soldados, espoleados por la ira y la excitación, participaron en actos de brutalidad sin sentido contra civiles, lo que provocó importantes pérdidas de vidas y sufrimiento. Se destacan los efectos psicológicos de la mentalidad de masas y el paroxismo, lo que ilustra cómo incluso los soldados experimentados pueden verse arrasados por el frenesí de la violencia.

Además, el capítulo aborda las ramificaciones culturales, políticas y militares de estos saqueos, particularmente el desarrollo de la leyenda negra, una narrativa que retrata al imperialismo español como excesivamente cruel y explotador. Las experiencias de los soldados durante estos eventos a menudo resultaron en una reversión temporal del orden social, ya que descargaron sus frustraciones en élites percibidas como corruptas. Las consecuencias de los saqueos dejaron ciudades como Roma y Prato en ruinas, con profundas implicaciones para los soldados que se enriquecieron mediante el saqueo, así como para las poblaciones locales que sufrieron inmensas pérdidas. En general, el capítulo proporciona un análisis integral de la compleja dinámica de la violencia, el colapso social y el impacto duradero de estos eventos históricos.

El capítulo cuatro explora la experiencia de combate de los soldados de infantería españoles durante las Guerras Italianas, enfatizando el profundo impacto de los avances tecnológicos y tácticos que caracterizaron la Revolución Militar. El capítulo describe cómo estos cambios alteraron las condiciones de las operaciones de combate, requiriendo que los soldados se adaptaran rápidamente a nuevos métodos de guerra. Destaca el papel de los soldados españoles no solo como participantes sino también como desarrolladores activos de tácticas y tecnologías militares que influirían en la guerra europea durante siglos.

El capítulo también profundiza en los aspectos emocionales y psicológicos de la guerra, destacando el fuerte sentido de camaradería y hermandad entre los soldados. A pesar de los horrores de la guerra, muchos soldados se enorgullecían de su identidad como guerreros y de los vín-

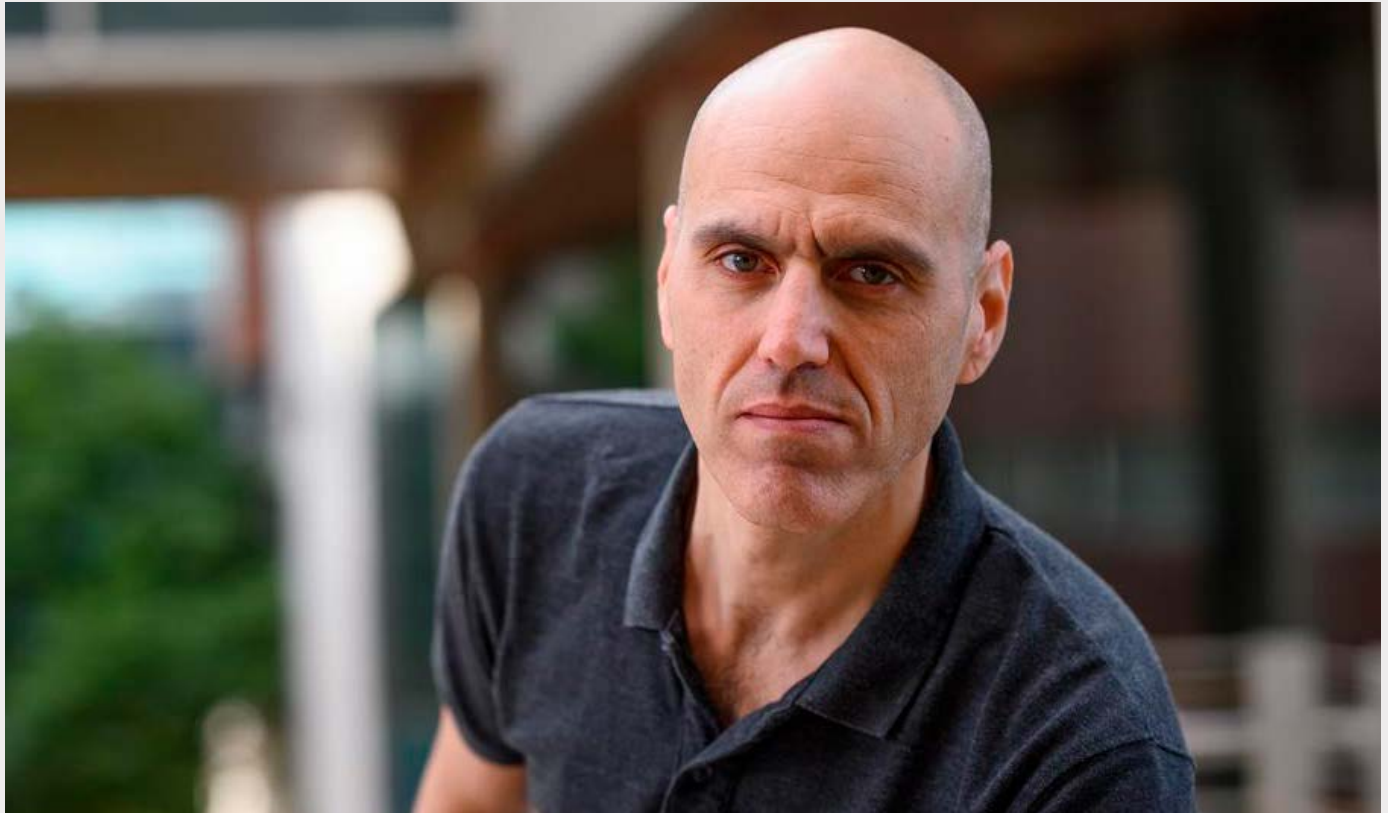
culos formados con sus camaradas. La narrativa incluye reflexiones de soldados veteranos, como Martín García Cerezeda, quienes expresaron un sentido de honor al servir junto a soldados nobles y valientes, indicando que los ideales de una sociedad guerrera eran sostenidos por personal militar experimentado.

Además, el capítulo aborda las brutales realidades de la guerra, incluido el trato a los prisioneros y las motivaciones detrás de las acciones de los soldados. Analiza casos de ferocidad, particularmente en conflictos entre cristianos y musulmanes, y los aciagos destinos que corrieron los soldados capturados. En general, el capítulo cinco presenta una visión matizada de la experiencia del combate, equilibrando el valor y la hermandad de los soldados con las sombrías realidades de sus circunstancias, ilustrando en última instancia la naturaleza compleja de la guerra durante este período transformador de la historia.

¿CUÁLES SON LAS PRINCIPALES CONCLUSIONES DEL LIBRO?

El libro pretende enfatizar el importante papel de los soldados españoles durante los siglos XVI y XVII, particularmente en el contexto de la Revolución Militar. Destaca cómo estos soldados no eran meros instrumentos de guerra sino participantes activos que se adaptaron a tácticas y tecnologías en evolución. Se reconocen las contribuciones de líderes militares como Gonzalo de Córdoba y Mauricio de Nassau, pero el libro enfatiza la importancia de comprender las experiencias de combate de los propios soldados. Las investigaciones futuras deberían centrarse en las experiencias de primera mano de estos hombres, yendo más allá de las fuentes tradicionales como manuales de instrucción y documentos administrativos para incluir las perspectivas obtenidas de su participación en batallas, saqueos y motines.

Espero que una contribución principal del estudio sea arrojar luz sobre la naturaleza organizada de los motines entre los soldados de infantería españoles, que a menudo se caracterizaban erróneamente como meros actos de desobediencia. Estos motines revelaron la autopercepción de los soldados, su conciencia profesional y su capacidad para expresar sus quejas a través de representantes electos. Se requiere más investigación para un examen más profundo de la dinámica social dentro de los tercios españoles, incluidos sus códigos militares y espíritu de cuerpo, así como el impacto de las interacciones extranjeras en sus prácticas. En definitiva, el libro aboga por una comprensión más amplia de las experiencias de estos soldados, desafiando las percepciones arraigadas de ellos como "serviles y viles" y reconociendo sus complejos roles en la guerra moderna temprana.



ENTREVISTA AL AUTOR

Hábleme sobre usted y el porqué de su vinculación personal con la historia de España, y con los tercios en particular.

Aunque no tengo un vínculo personal con España o su historia, mi interés por los tercios españoles se formó durante un seminario sobre Nicolás Maquiavelo durante mis estudios de licenciatura. Maquiavelo escribió extensamente sobre los acontecimientos militares de su época e incluso fantaseó con la idea de crear una milicia florentina para proteger Florencia y acabar con su dependencia de los mercenarios. Esa milicia fue duramente derrotada por los españoles en Prato en 1512 y la ciudad fue víctima de un brutal saqueo. Leyendo a Maquiavelo, no pude evitar quedar fascinado por la historia militar de las Guerras Italianas, y leyendo más sobre la batalla de Rávena en 1512, me encontré preguntándome por qué y cómo pudieron los españoles luchar tan ferozmente si eran “simplemente” mercenarios. Rápidamente descubrí que la realidad era mucho más compleja y me vi rápidamente absorbido por la experiencia de ser soldado en la Europa moderna temprana. Buscando estudios sobre la aparición de los tercios españoles en inglés, descubrí que eran escasos y a menudo anticuados, sobre todo si se tiene en cuenta su importancia para la historia de España y de Europa en general. Fue entonces cuando decidí comenzar mi investigación sobre la infantería española en las Guerras Italianas.

¿Qué influencia ha desempeñado en su trabajo el Prof. Yuval Noah Harari, que fue tutor de tu tesis doctoral?

Me puse en contacto con el profesor Harari en 2010 con la idea de escribir sobre la infantería española durante las Guerras Italianas. Por aquel entonces, el profesor Harari ya era un reputado historiador de la historia militar medieval y renacentista y parecía la elección perfecta. Afortunadamente para mí, aceptó ser mi mentor durante mis estudios de doctorado y me incorporó a su estrecho equipo que trabajaba en un modesto título en hebreo que se convertiría en el best-seller mundial *Sapiens*. El profesor Harari me enseñó mucho sobre el oficio de historiador y, aunque yo no podía aspirar a igualar sus extraordinarias capacidades, aprendí mucho de él sobre metodología histórica, crítica de fuentes e incluso estilo de escritura. Hasta el día de hoy estoy agradecido de haber conocido al profesor Harari y de haber trabajado bajo su tutela.

El libro supone una reivindicación de la historia del individuo sobre el colectivo, ¿qué aporta de novedoso al caso concreto de los tercios españoles?

La mayor parte de lo que se escribió sobre los tercios españoles, especialmente en inglés, se centró en periodos posteriores, sobre todo en la segunda mitad del siglo XVI y el sangriento siglo XVII. Importantes estudiosos como

René Quatrefages escribieron extensa y maravillosamente sobre las décadas durante las que se formaron los tercios, pero se centraron sobre todo en cuestiones organizativas, aunque Quatrefages trató la experiencia cotidiana del soldado. No obstante, parece que utilizando las pocas memorias que tenemos de ese periodo, especialmente la de Cerezeda, y combinándolas con diversas fuentes archivísticas y narrativas se podría profundizar en la experiencia del soldado de infantería español durante las feroces campañas y combates de las Guerras Italianas. También parece que las décadas anteriores a la creación formal de los tres primeros tercios en 1536 fueron tan importantes para cimentar el espíritu de cuerpo y la reputación de los españoles como la segunda mitad del siglo XVI; es decir, se escribió mucho sobre los tercios, aunque los españoles no lucharon encuadrados en tercios durante la primera mitad de las Guerras Italianas... Además, era necesario reevaluar la afirmación de que los españoles y otros profesionales y mercenarios de la época eran necesariamente “la escoria de la tierra”. Como me esforcé por demostrar en el libro, el origen socioeconómico de muchos de los soldados era demasiado variado y complejo para ser categorizado de forma tan taxativa. Mi objetivo era demostrar esta complejidad de los soldados y del oficio de las armas centrándome en la infantería española.

¿Qué hacía de los soldados españoles diferentes a los de otras nacionalidades?

Lo más importante son, como siempre, las diferencias sociopolíticas y culturales entre las distintas “nacionalidades” de los ejércitos de las Guerras Italianas. También se podían encontrar muchas diferencias entre los propios españoles, ya que hombres reclutados en Andalucía o en Asturias procedían de lugares con trasfondos históricos y culturales diferentes, aunque todos ellos eran considerados por los extranjeros como “españoles”. Ante todo, los españoles eran reclutados y mantenidos por la corona y luchaban únicamente para el rey de España. A diferencia de algunos de sus homólogos alemanes, suizos e italianos, los españoles no eran efectivamente “mercenarios”. Por supuesto, esperaban que se les pagara por sus servicios y podían ser violentamente inflexibles al respecto, pero servían a España y solo a España. Esto no quiere decir que los soldados de otras “nacionalidades” no se consideraran militares profesionales, leales y eficaces, como era el caso de la reputada infantería suiza y los lansquenets alemanes. Sin embargo, estaba claro que los españoles sí eran percibidos como diferentes, tanto en términos

positivos como negativos. Por un lado, como escribió un funcionario del gobierno en la segunda mitad del siglo XVI, los españoles eran “los verdaderos nervios de la guerra, sin los cuales ninguna acción exitosa ha tenido lugar en el pasado y ninguna tendrá lugar en el futuro”. Por otra parte, los españoles eran percibidos como especialmente feroces y crueles; como escribió un fraile agustino alemán tras el saqueo de Roma: “los alemanes eran malos, los italianos peores, pero los españoles eran los peores”. Sin duda, los habitantes de Amberes también podían identificarse con esta última afirmación después de 1576. Y aunque las percepciones podían verse muy afectadas por las afiliaciones nacionales y sociales, estaba claro que los españoles eran considerados diferentes y separados de otras “nacionalidades” que servían con o contra ellos.

¿De dónde emanaba su superioridad militar?

Se trata de una cuestión muy delicada, ya que “superioridad militar” es un término muy resbaladizo y vago. Difícilmente puede decirse que los españoles tuvieran una ventaja tecnológica sobre otros ejércitos de principios de la Edad Moderna y, aunque el tamaño de los ejércitos españoles aumentó a medida que la Monarquía se expandía, los ejércitos españoles e imperiales de las Guerras Italianas no eran mayores que los de Francia e incluso

algo menores que los del Imperio otomano. También parece que los españoles no fueron más violentos ni más crueles que otros soldados contemporáneos. Lo que queda es sin duda la profunda autopercepción del soldado español como guerrero profesional y el espíritu de cuerpo que emanaba de esta percepción. Esto no quiere decir que los suizos y los lansquenets alemanes, por ejemplo, no demostraran extraordinarias hazañas de valor y un alto sentido del espíritu de cuerpo, pero se puede afirmar que tanto la victoria como la derrota en las Guerras Italianas crearon un aura de superioridad en los soldados españoles que se consolidó en un sentimiento duradero de orgullo y espíritu de cuerpo que podía respaldarse con pruebas concretas: incluso su derrota en Rávena en 1512, se podría afirmar, les vio abandonar el campo de batalla de forma ordenada. Además, los españoles fueron conducidos a la guerra por algunos de los generales más reputados de su tiempo. Desde el Gran Capitán, pasando por Ramón de Cardona y hasta el marqués de Pescara y Antonio de Leyva, los españoles estuvieron dirigidos por algunos de los líderes más exitosos e ingeniosos de las

«A diferencia de algunos de sus homólogos alemanes, suizos e italianos, los españoles no eran efectivamente “mercenarios”. [...] servían a España y solo a España».

Guerras Italianas. Estos comandantes contribuyeron a sellar la percepción de los españoles como únicos y eficaces en el campo de batalla y aseguraron su reconocida superioridad en varias batallas importantes y decisivas durante las Guerras Italianas.

¿Y por qué las Guerras Italianas como escenario concreto?

Desde la perspectiva de la historia de España, las Guerras Italianas constituyen un eslabón entre el final de la Reconquista y la construcción de un imperio global. La intervención española en Nápoles en 1495 fue también el comienzo de la implicación española en los asuntos de Italia en general, una implicación que se acentuó aún más cuando Carlos I se convirtió también en el emperador Carlos V de Alemania. Las Guerras Italianas se convirtieron en un crisol de cambios y desarrollos militares que influyeron y fueron influidos por los ejércitos y soldados españoles. Cuando concluyeron las Guerras Italianas en 1559, España controlaba grandes partes de Italia y ahora podía contar con una maquinaria bélica relativamente bien organizada y eficaz que primero se desplegó en los Países Bajos y más tarde en varios frentes europeos como parte de los conflictos religiosos y políticos del siglo XVII. Los tercios españoles también desempeñaron un papel decisivo a la hora de rechazar la amenaza otomana desde el este, con campañas que comenzaron ya en 1532 en Viena. España no siempre salió triunfante en sus ambiciones europeas, pero los tercios españoles mantuvieron su reputación, sin duda consolidada en los campos de batalla de las Guerras Italianas, y célebremente demostrada incluso en la derrota de Rocroi en 1643.

Empecemos por lo más cotidiano, ¿qué llevaba a un mozo de cualquier pueblo español a emprender la carrera de las armas, y hasta qué punto transformaba su vida?

Uno podía alistarse en el ejército por varias razones y motivaciones. Muchos, quizás la mayoría, se alistaban simplemente por la perspectiva de un salario cuando el empleo escaseaba y el futuro financiero y personal era incierto. Alistándose en el ejército, uno podía esperar, como mínimo, recibir una soldada y tener algo que echarse a la boca, con suerte comida caliente. En una época en la que ninguna de las dos cosas era segura para muchos, incluso la perspectiva del anticipo en el momento del reclutamiento podía convertirse en una motivación en sí misma. Muchos otros se alistaron en el ejér-

cito por el sentido de la aventura, incluso huyendo de sus problemas, ya fueran legales o de otro tipo. Alistarse en el ejército podía ser una oportunidad única en la vida para salir fuera de su propia ciudad o pueblo y descubrir la belleza del mundo, y las románticas evocaciones de la guerra y las batallas podían atraer a muchos jóvenes a unirse a filas, como lo han hecho a lo largo de la historia. Algunos de los hombres que se alistaron en el ejército eran también jóvenes nobles o hidalgos que buscaban riqueza, reputación y honor en una sociedad que seguía impregnada de percepciones caballerescas de la guerra y la sociedad. Llenar el currículum de batallas, asedios, escaramuzas y heroicas hazañas de armas podía suponer para muchos un medio de ascenso social que no podían lograr por métodos políticos más convencionales. Al igual que en el caso de los ejércitos profesionales modernos, muchos jóvenes (y hoy también mujeres) se sentían atraídos por el servicio militar por el deseo de

un empleo estable y una seguridad económica, pero también por el sueño de viajar a tierras lejanas y participar en las guerras que siempre assolaban Europa.

El servicio militar era, por supuesto, extremadamente peligroso. Muchos veteranos que sobrevivían podían quedar lisiados por heridas o enfermedades y pasarse el resto de su vida buscando empleo y favor. Muchos otros acababan tremenda-

mente desilusionados y regresaban a casa, habiendo gastado todo el dinero que habían ganado (raramente lo que se les debía en términos de soldadas). De hecho, muchos soldados podían utilizar su servicio militar, y de hecho lo hacían, como palanca a la hora de dirigirse a posibles benefactores para obtener favores políticos y financieros o una pensión, pero muchos no podían esperar conseguir mucho más que eso. Las historias de soldados que regresan ricos y famosos de sus aventuras militares son realmente la excepción frente a los padecimientos de los muchos veteranos que difícilmente podían encontrar un lugar en la sociedad civil. Hubo, por supuesto, quienes encontraron su servicio militar satisfactorio y significativo, pero como en el caso de los que sufrieron o perecieron, tenemos muy pocas fuentes escritas por soldados y la mayoría de lo que se escribió no aborda información que hoy podríamos considerar de naturaleza experiencial, psicológica y personal. Lamentablemente, la inmensa mayoría de los soldados guardarán silencio para siempre sobre algunos de los asuntos que consideramos más importantes.

«El servicio militar era, por supuesto, extremadamente peligroso. Muchos veteranos que sobrevivían podían quedar lisiados por heridas o enfermedades y pasarse el resto de su vida buscando empleo y favor».

En el prólogo cita *El rostro de la batalla* como influencia de su obra. ¿Cómo era una batalla del siglo XVI vivida en primera persona?

Lo que parecían ser cuadros o líneas de soldados cuidadosamente gestionados y desplegados en las horas previas a una batalla podía convertirse fácilmente en puro caos y anarquía en cuestión de minutos. Muchos de los soldados, especialmente los que no estaban en primera línea, podían llegar a ser casi completamente ajenos a lo que estaba ocurriendo. En una época en la que la artillería ya era mucho más eficaz que la de sus predecesores bajomedievales, la muerte y las heridas podían llegar de todas partes mucho antes de que comenzara cualquier choque de armas. Situarse en el centro de una compañía o regimiento podía significar, por tanto, estar rodeado de humo, aullidos de dolor y

frenesí, gritos de órdenes o incluso, antes de que comenzara la batalla, silencio y confusión sobre lo que estaba a punto de suceder. El intercambio de fuego de artillería y arcabucería podía ser mortal y producía heridas horribles mucho antes de que se estableciera contacto directo con el enemigo. Los escaramuzadores a caballo y la caballería ligera podían hostigar a la infantería con armamento diverso y crear una sensación de desesperación e impotencia al encontrarse uno atrapado dentro de una masa de hombres con muy poco espacio para maniobrar o incluso simplemente moverse.

Un soldado podía inflamarse de celo por enfrentarse por fin a los soldados enemigos, pero también podía encontrarse muy fácilmente atrapado e indefenso mientras todo sucedía sin que él pudiera hacer otra cosa que esperar. Cuando se producía el verdadero choque de armas, las escenas de heroísmo romántico, pero también y sobre todo de violencia brutal, eran la norma. Campos de batalla como los de Rávena en 1512 y Ceresole en 1544 quedaron sembrados de miles de cadáveres y hombres heridos después de que picas, espadas, puñales y fuego de arcabuz se sumaran a una orgía de sangre en la que cada hombre intentaba matar a su enemigo pero también sobrevivir a la ordalía. Dos cuerpos de piqueros arrastrados en un empuje de picas podían permanecer trabados durante muchos minutos e incluso horas mientras los soldados de la retaguardia reemplazaban a los muertos o heridos en el frente y muy pocos sabían lo que estaba ocurriendo

«Campos de batalla como los de Rávena en 1512 y Ceresole en 1544 quedaron sembrados de miles de cadáveres y hombres heridos después de que picas, espadas, puñales y fuego de arcabuz se sumaran a una orgía de sangre en la que cada hombre intentaba matar a su enemigo pero también sobrevivir a la ordalía».

exactamente. Más de una vez los generales se retiraron del campo de batalla pensando que el combate estaba perdido o ganado para descubrir más tarde que era todo lo contrario. Los soldados de infantería estaban mucho menos informados sobre las circunstancias exactas de la batalla y se centraban principalmente en dispersar al enemigo y evitar que este dispersara a sus propias fuerzas. Los capitanes y sargentos gritaban y pedían orden y valor, ya que las circunstancias podían llegar a ser extremas. Si sus líneas se rompían, la retirada podía convertirse fácilmente en una desbandada y la matanza de muchos de los que intentaban huir. En general, aunque las batallas podían proporcionar escenas heroicas y cinematográficas, la mayoría de ellas se tornaban en campos de exterminio en las que el grueso de los participantes podían encontrarse fá-

cilmente en medio del caos y la anarquía a medida que se desarrollaban los acontecimientos. Algunos memorialistas y cronistas podían, en efecto, resaltar los aspectos más heroicos y románticos de la guerra, pero otros transmitían sus experiencias de un modo que subrayaba su comprensión de la imprevisible naturaleza y brutalidad del combate en la Europa moderna temprana. La batalla rara vez, si no nunca, aparecía tal y como se podía leer sobre ella en los romances caballerescos y la mayoría de los soldados descubrían la verdadera naturaleza de la guerra solo después de presenciar

el caos de primera mano. Muchos de ellos no sobrevivieron para experimentarlo más de una vez.

Le otorga tanta importancia a los motines y a los saqueos como para dedicarle un capítulo a cada uno. ¿Tiene usted una imagen negativa del soldado español de la época, o era un fenómeno común en todos los ejércitos?

Como historiador, no puedo –o al menos prefiero no hacerlo– juzgar a las personas sobre las que escribo a través de lentes modernas. Este anacronismo es extremadamente peligroso cuando se intenta comprender el pasado. También debemos recordar que algunas de las atrocidades más horribles de la memoria histórica ocurrieron en nuestros tiempos modernos y que la guerra sigue trayendo consigo actos extremos de violencia contra la población civil. El único juicio que me permito emitir se refleja en mi descripción de estos

acontecimientos como brutales, horribles, atroces, etc. Aunque no existe un baremo para medir la brutalidad, los españoles no fueron los únicos en causar estragos en su entorno. Puede que sus enemigos los describieran en términos más crudos, pero los soldados de todas las naciones eran capaces de cometer horrendos actos de violencia durante la guerra. En lo que respecta a los motines, no era una cuestión exclusiva de los españoles: a la hora de la verdad estos actos de desobediencia masiva eran la única opción de los soldados a la hora de reclamar sus salarios atrasados o condiciones de servicio. Era su forma de decir ¡basta ya! y que no iban a seguir luchando hasta que al menos algunas de sus quejas fueran resueltas a su satisfacción. Una vez más, para un lector moderno, estos motines

podrían parecer la validación de nociones negativas existentes y populares sobre el carácter de los soldados de la Edad Moderna temprana y las instituciones en general, pero en su mayor parte estos soldados tenían que lidiar con instituciones militares extremadamente inadecuadas y sus motines constituían una “válvula de seguridad” con la que podían airear sus quejas, hacer que sus superiores las abordaran y volver a servir, mucho más parecido a una huelga profesional moderna que a un motín militar real. El hecho de que estos motines pudieran provocar actos de violencia y vandalismo podía darse casi por hecho en las circunstancias que nos ocupan. Dado que los príncipes de principios de la Edad Moderna no podían, ni política ni financieramente, levantar y mantener ejércitos permanentes, unido al hecho de que los sistemas feudales ya no podían sostener interminables campañas militares, los soldados profesionales y mercenarios eran la única opción que quedaba, y la violencia desenfundada y los motines se convirtieron en un mal necesario.

Y hablando de saqueos, el de Roma de 1527 tuvo una formidable relevancia en su momento. ¿Cómo fue percibido por los soldados y también por la sociedad española, el saqueo de la capital de la cristiandad por las tropas del monarca católico?

El saqueo de Roma se produjo durante un periodo de tensas relaciones entre Carlos V y el papa Clemente VII, que más tarde coronaría a Carlos como emperador en Bolonia en 1530. En general, aunque Carlos quería someter política y militarmente al papa para romper la alianza entre este y Francia, lo más probable es que

no tuviera intención de que las cosas llegaran a tal extremo y se sintiera avergonzado por los acontecimientos de 1527. En España, muchos se escandalizaron al enterarse del saqueo. Desde el punto de vista de los soldados, sus comandantes, incluido el general en jefe del ejército imperial, el duque de Borbón, les habían inculcado una feroz propaganda contra el papa y la ciudad de Roma. No era difícil, por supuesto, convencer a los luteranos alemanes del ejército de que Roma debía caer. Y aunque soldados como Martín García Cerezeda, que no estuvo presente en Roma durante el saqueo, condenaron los hechos, muchos españoles, privados de comida y sueldo durante muchos meses, no parecieron inmutarse a la hora de asaltar la ciudad y saquearla brutalmente. Como se les había

prometido, Roma era un premio y el papa, que había intrigando contra España y su rey, era cualquier cosa menos inocente. Como en los casos de tantos soldados a lo largo de la historia, cualquier sentido de los límites morales y legales podía desmoronarse, y de hecho lo hizo, cuando los soldados pusieron finalmente sus ojos en el premio: una de las ciudades más ricas del mundo. Nunca sabremos cuántos soldados participaron ni qué atrocidades cometieron,

y de hecho es probable que algunos fueran mucho menos violentos de lo que se piensa, pero desde la perspectiva de la soldadesca, al menos algunas de sus acciones no se consideraron incorrectas. Algunos soldados creían que Roma se lo tenía merecido por corromper la fe católica (como les decían muchos de sus superiores), otros estaban furiosos tras presenciar su opulencia y a otros –quizá a la mayoría– simplemente les daba igual una cosa u otra y querían amasar el mayor número de riquezas lo antes posible.

En resumen ¿cree que esta suma de experiencias en este momento tan temprano de la Edad Moderna pudo moldear una mentalidad y un espíritu de cuerpo particulares en los tercios españoles?

Este parece ser sin duda el caso que nos ocupa. Aunque, en términos generales, la mayoría de los soldados que se reclutaban para los ejércitos españoles de principios de la Edad Moderna no procedían de la península ibérica, el núcleo de los tercios españoles seguía siendo de naturaleza ibérica y los soldados españoles no se percibían a sí mismos como meros mercenarios, sino como profesionales que luchaban por España, su rey y la fe católica. Este sentimiento de identidad polí-

«...sus motines constituían una “válvula de seguridad” con la que podían airear sus quejas, hacer que sus superiores las abordaran y volver a servir, mucho más parecido a una huelga profesional moderna que a un motín militar real».

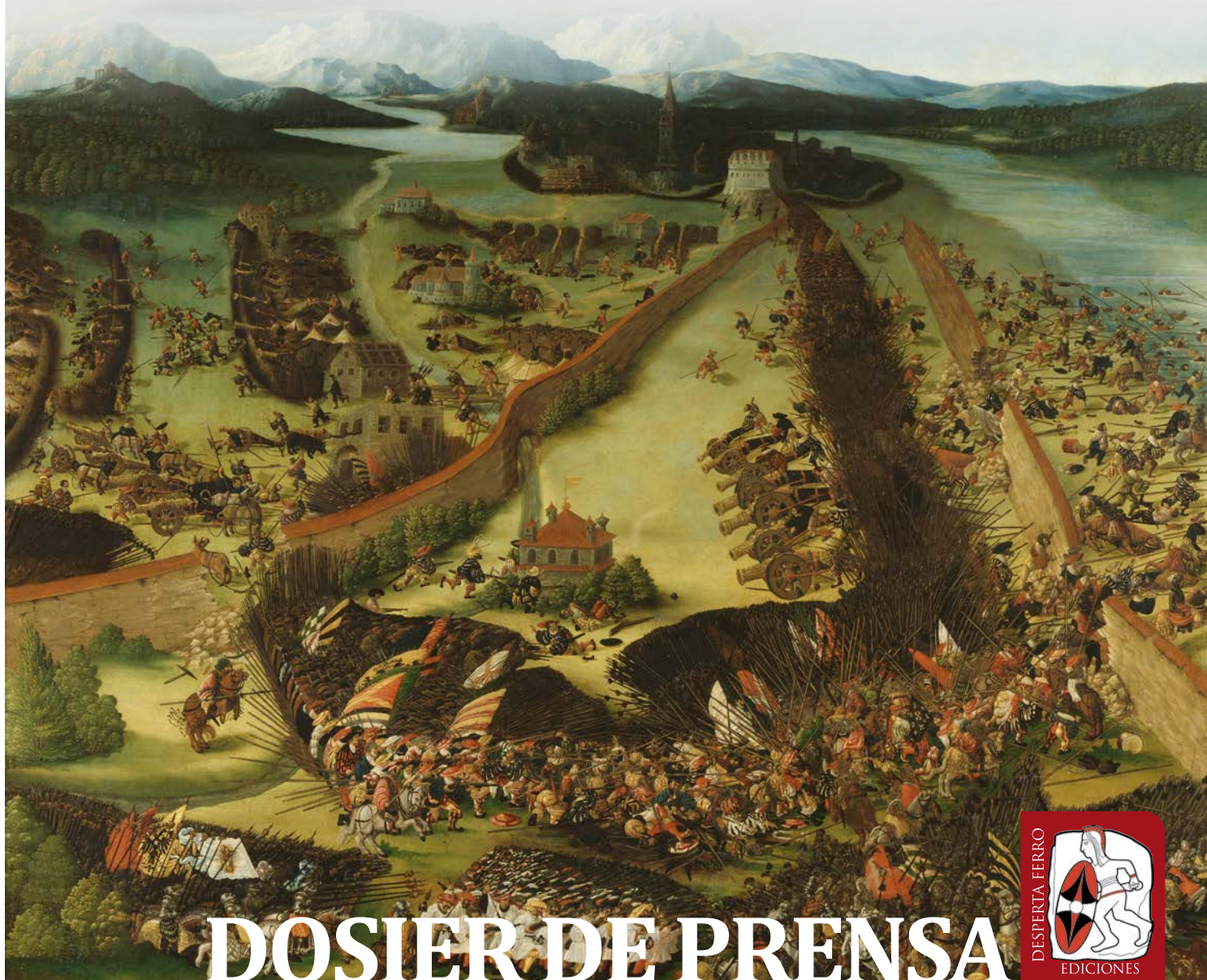
tica y religiosa, que comenzó a formarse durante la Reconquista, se consolidó aún más durante las Guerras Italianas, en las que Castilla y Aragón, bajo un rey Habsburgo desde 1516, se convirtieron en una de las principales potencias militares de Europa y, a partir de 1519, en el centro de un imperio europeo y mundial en expansión. Esta identidad exclusivamente española, en un continente plagado de conflictos religiosos, se abrió camino con los tercios hacia casi toda Europa, pero también con los conquistadores hacia el Nuevo Mundo. Solo disponemos de unos pocos escritos de soldados que nos ayuden a comprender algunos de los rasgos de esta identidad, pero también podemos encontrarla en la forma en que los españoles eran considerados por sus enemigos: inusualmente brutales, crueles e implacables, pero también sumamente eficaces e incluso aterradores en

Esta reputación de los españoles, forjada en los campos de batalla de Italia, se mantuvo firme a lo largo de los siglos XVI y XVII e hizo que la derrota de la fuerza del Ejército de Flandes en Rocroi resultara aún más chocante para los contemporáneos.

el campo de batalla. Podemos identificar esta autopercepción desde los sangrientos enfrentamientos cuerpo a cuerpo en Rávena en 1512, hasta Rocroi en 1643. En la batalla de Rávena, como dice el biógrafo del famoso caballero francés Bayard, “los españoles se defendieron ferozmente, recurriendo incluso a atacar a sus enemigos con los dientes cuando ya no les quedaban miembros”. Esta reputación de los españoles, forjada en los campos de batalla de Italia, se mantuvo firme a lo largo de los siglos XVI y XVII e hizo que la derrota de la fuerza del Ejército de Flandes en Rocroi resultara aún más chocante para los contemporáneos.



Se permite la reproducción total o parcial de esta entrevista sin citar la fuente.



DOSIER DE PRENSA



ÍNDICE Y FRAGMENTOS SELECCIONADOS

Agradecimientos

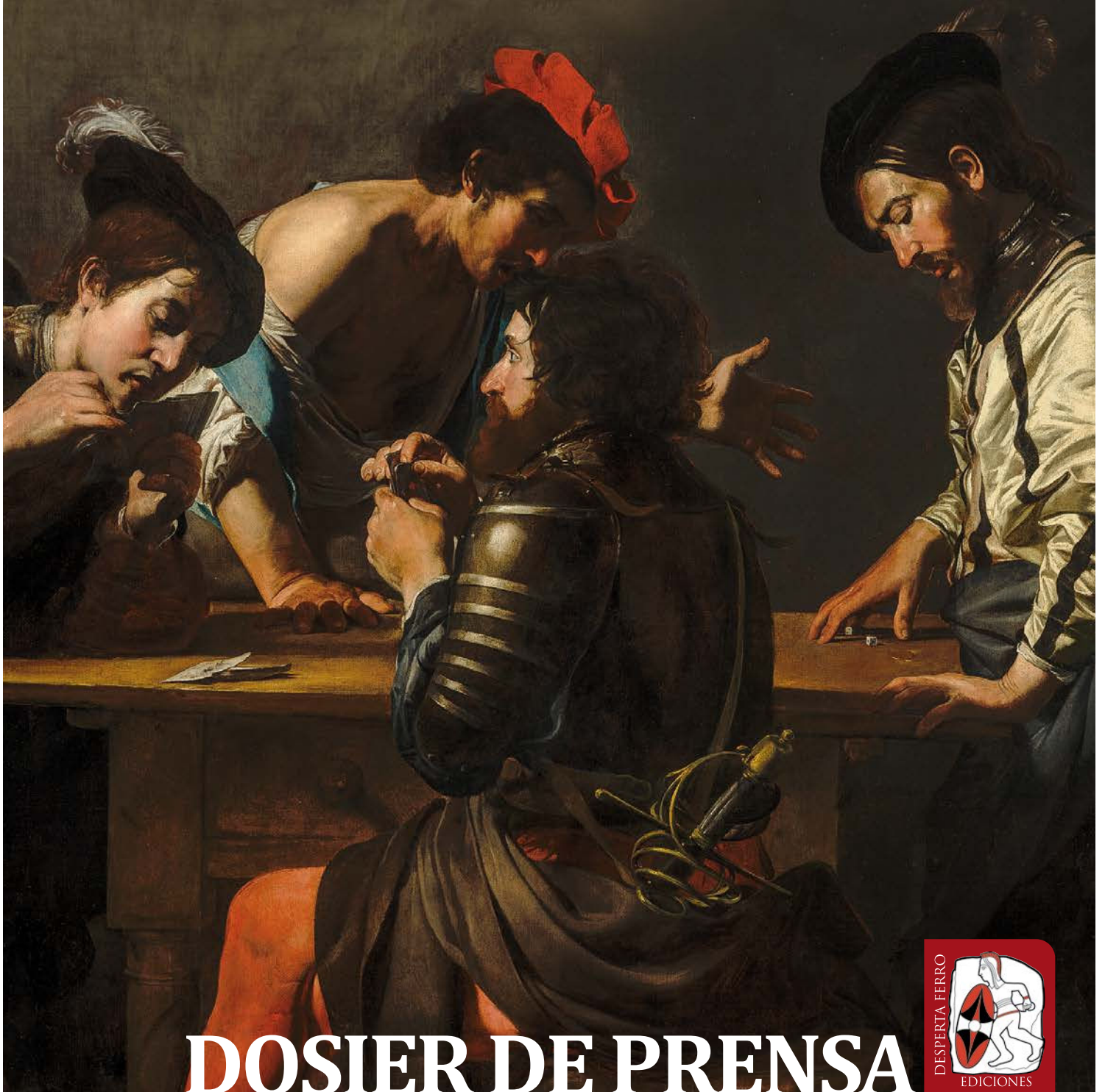
Introducción. La infantería española en el siglo XVI

- 1 **LOS SOLDADOS DE INFANTERÍA ESPAÑOLA**
- 2 **CONDICIONES DE SERVICIO**
- 3 **LOS MOTINES**
- 4 **LA EXPERIENCIA DEL SAQUEO**
- 5 **EL COMBATE**

Conclusiones

Bibliografía

Índice analítico



DOSIER DE PRENSA

CAPÍTULO 1

LOS SOLDADOS DE INFANTERÍA ESPAÑOLA

Unirse al Ejército era un acto voluntario, pues aún no se empleaban métodos de conscripción o reclutamiento obligatorio. Algunas villas y ciudades podían hacer una muestra de sus jóvenes, desempleados o marginados, y enviarlos al Ejército, pero esto, por lo general, no se podía hacer por la fuerza o sin un pretexto justificado. En 1523, la villa aragonesa de Ejea de los Caballeros, así como las aldeas y pueblos circundantes, acordaron enviar 200 «hombres de guerra» –que podían ser o bien infantes, o soldados de caballería– y aseguraron al rey que serían enviados «a costa de la dicha junta». El número de hombres a enviar venía determinado por el tamaño de la población. El documento no deja constancia la manera en la que eran escogidos esos hombres, ni quiénes eran, pero esta cifra de 200 soldados no es, en ningún caso, despreciable. Para Ejea de los Caballeros, una villa con una población de unos dos mil habitantes, resolver enviar 50 de sus hombres para ayudar a la Corona en sus guerras en Italia no debía ser una decisión sencilla.

La mayoría de los hombres que acababan sirviendo en el Ejército, eran, no obstante, voluntarios que vagaban por las tierras de la península ibérica y buscaban o tropezaban con la oportunidad de unirse al Ejército. Esos potenciales reclutas eran buscados por los capitanes designados por la Corona para levantar sus compañías en España. Un soldado experimentado –un veterano, un sargento o incluso un alférez– o un capitán que ya hubiera obtenido su patente podía ofrecerse al rey como potencial reclutador de una compañía. Otros podían ofrecerse como sustitutos para una compañía que hubiera perdido a su capitán. Estos pretendientes enviarían su petición directamente a la corte, aunque normalmente lo hicieran a través de un mediador conocido y bien establecido, junto a una halagüeña recomendación de un general, o de otros respetados oficiales del alto mando, en especial,



Detalle del cartón n.º 5, «Combate naval frente a La Goleta» de la serie la conquista de Túnez de Jan Cornelisz Vermeyen. Kunsthistorisches Museum, Viena.

cuando el recomendado se trataba de un soldado sin experiencia previa en el mando. Teniendo que competir con incontables peticiones de oficios que llegaban a la corte, el aspirante a capitán debía lograr que su pretensión sobresaliera entre las demás.

Al haber sido elegido por el rey, el capitán recibiría una *conduta* o conducta, un documento formal que le permitía ir a un lugar determinado mencionado en el documento, y reclutar a su compañía en un tiempo determinado. De acuerdo con esta conducta, el rey acordaba «que se haga cierto número de infantes y dado cargo a nuestro capitán que haga [blanco] infantes». El nombre del capitán, el número de soldados a ser reclutados, y el lugar de la leva, permanecía en blanco en el documento, para ser así rellenado cuando conviniera.

El capitán debía presentar la conducta a las autoridades del lugar donde se iban a reclutar las tropas.

CAPÍTULO 2

CONDICIONES DE SERVICIO



Detalle del tapiz n.º XI, *El ejército acampa en Rada*, ubicado en el Real Alcázar y elaborado entre 1733 y 1744 por la Real Fábrica de Tapices, a cargo de Jacobo y Francisco Vandergoten, trasladado de los cartones de Jan Cornelisz Vermeyen.

Los oficiales tenían que recurrir con frecuencia a métodos imaginativos para gestionar el inestable flujo de efectivo para sus tropas, además de intentar evitar las desertiones y los motines. Durante el asedio de Pavía en 1524-1525, el comandante imperial Antonio de Leyva reunió y fundió oro procedente de las iglesias y monasterios de los alrededores de la ciudad sitiada para pagar a sus tropas alemanas y españolas (*vid.* imágenes pág. 38). En 1534, Leyva informó al emperador desde Villanova d'Asti en Piemonte de que la falta de dinero le había forzado a reducir las pagas de sus tropas en medio escudo e incluso se había visto obligado a reducir sus *ventajas*.

Esta situación empeoraba debido al hecho de que las tropas tenían que pagar por los suministros que la Corona les proveía. En 1534, se dedujeron de los salarios de los soldados de la compañía del capitán Francisco Sarmiento que se hallaban en Sicilia el coste de comida y alojamiento durante todo el tiempo que estuvieron esperando para comenzar su servicio de guarnición. Además, según Cerezeda, «por la verdad el comisario [del Visorrey] vendía muy cara su comida a dicho de los jurados de Augusta». En 1538, las tropas amotinadas en Lombardía presentaron sus demandas sobre lo que se les debía, tras deducir los costes de los víveres y alojamientos, tal como solían

esperar. Incluso cuando las pagas eran satisfechas, los soldados rara vez podían esperar recibir la mensualidad completa de los 900 o 1200 maravedís que se les adeudaba y percibían una paga inferior a la que el acuerdo original indicaba.

Los fraudes cometidos por los capitanes fueron algo característico de las muestras, lo cual afectaba tanto a los generales como a los soldados. Los capitanes podían encontrar hombres entre la población local y los seguidores del campo y presentarlos en las revistas en lugar de soldados reales que habían muerto, desertado, o simplemente, no estaban presentes. Estos capitanes recibían el dinero para pagar a las tropas desaparecidas, pero lo tomaban para sí mismos y pagaban poco o nada a sus cómplices. Estos fraudes eran posibles casi con seguridad por la incapacidad de los *veedores* y otros oficiales de verificar la identidad de los soldados en una muestra, por lo que tendrían poco que objetar, en especial tras largas campañas en que los soldados podían haber experimentado cambios en su fisonomía. El fenómeno fue bastante frecuente en los ejércitos españoles durante los siglos XVI y XVII.

Esos intentos de fraude fueron la razón por la cual el marqués del Vasto, durante la muestra en Asti el 19 de enero de 1537, reunió a los capitanes españoles y les advirtió que «tuviesen por bien de no pasar en la muestra mozos por soldados ni soldados de ninguna suerte que no fuesen de los que ellos tenían en sus banderas porque les sería muy castigado». Tras el motín de Lombardía en 1538, Del Vasto acusó directamente a los capitanes de azucar a los amotinados, puesto que «han continuamente usurpado muchas pagas passando mozos, forasteros y gente que no permanente en el ejército por tener para sí las pagas, y esto es notorio».

Los capitanes también podían recurrir a medidas más directas y opresivas para negarle el dinero a sus soldados. El 2 de febrero de 1534, llegaron provisiones y dinero para las tropas españolas estacionadas en Corone, Grecia, durante una campaña para expulsar a los otomanos de la región. Los capitanes deseaban abonar a las tropas tan solo una paga, a pesar de que se les adeudaban sueldos atrasados desde agosto del año 1533. Los marineros que se hallaban a bordo de los barcos que transportaban los bastimentos explicaron a los soldados que habían llegado con suficiente dinero para dar dos pagas en efectivo y una en ropa. Tras negarse las tropas a recibir una sola paga, los capitanes «tuvieron tales modos convidando a unos a comer y a otros por ruegos y por amenazas» para conminarles a aceptar un solo salario. Sin embargo, los soldados protestaron. Cerezeda era plenamente consciente de la inclinación de los capitanes hacia el fraude, y afirmó que «en esto no me alargo en dichos de soldados ni carteles [...] ni otras cosas tocantes a las ganancias de los capitanes».

CAPÍTULO 3

LOS MOTINES

Aunque el sistema militar permaneciera intacto y las crisis fueran resueltas, los motines recurrentes en la infantería española seguían teniendo un gran efecto sobre la estrategia general y la planificación técnica del emperador y de sus generales. A menudo, estos debían modificar o retrasar sus planes durante semanas y meses hasta que las tropas regresaban a la obediencia. Los amotinados españoles prácticamente condujeron al ejército imperial a saquear Roma en 1527 y el número de tropas disponible para el emperador durante la década de 1530 dependió de cuán contentos estaban esos soldados. En época tan temprana como el año de 1523, Carlos V escribió a Lope de Soria, su embajador en Génova, que estaba disgustado con el comportamiento de su infantería amotinada en Lombardía, y que debía hacerse lo que fuera para que retornaran al estado de obediencia. Ya en 1552, Carlos tuvo que lidiar con la infantería amotinada en África que reclamaba, por supuesto, sus salarios. Lejos de quedar confinada únicamente a la experiencia de la simple soldadesca, parece que el motín constituyó también una parte integral de la experiencia político-militar de Carlos V durante todo su reinado.

Que quede claro: ningún ejército actual sería capaz de tolerar una prolongada reiteración de motines. Los ejércitos populares contemporáneos están mucho más arraigados en las sociedades que han de proteger, y su conducta moral y profesional, condicionan de un modo considerable los cimientos sobre los que esa sociedad se construye. Desde los motines que afectaron a 49 de las 113 divisiones de infantería francesa en 1917 hasta las cartas de indignación y desobediencia escritas por 27 pilotos de caza de las Fuerzas Armadas de Israel en 2003, las sublevaciones han sacudido los fundamentos políticos, culturales y morales, tanto de los militares como de la sociedad civil.

Pero esta sacudida no se produjo en el caso de las principales tropas de combate de Carlos V durante las Guerras Italianas. Por muy furiosos que estuvieran el emperador y sus generales, no tenían otro remedio que lidiar con desastrosos alzamientos

periódicos. Como ya se ha analizado, en especial con el caso de Maquiavelo, las milicias populares y los ejércitos conscriptos compuestos por civiles, tan solo funcionaban en la teoría y demostraban ser completamente ineficaces en la práctica. Por tanto, sumando a estas limitaciones las dificultades financieras y sus intereses políticos de largo alcance, el emperador tenía que comprometerse con la mejor fuerza de combate de la que disponía: la infantería española. Acuciado por guerras en más de un frente, el emperador y sus generales se veían obligados a reprimir su furia y su frustración, y a intentar aplacar a los amotinados tanto como fuera posible antes de enviar a los todavía impagados y descontentos soldados a otra tanda de batallas infernales, escaramuzas y asedios. Bajo tales circunstancias, el ciclo de amotinamientos era inevitable. El siempre inminente riesgo de alzamientos no escapaba a ninguno de los representantes civiles y militares del emperador. Intentando justificar las acciones del marqués del Vasto en julio de 1538, el embajador Suárez de Figueroa escribió al emperador que «ahora pierdan los soldados, ahora ganan». El emperador podía haber perdido esta batalla, pero siempre habría otras.

Mediante actos de insubordinación masivos, los soldados de infantería española, de modo eficiente y coherente, importunaban al alto mando de las fuerzas imperiales y afectaban, de modo directo, la estrategia del emperador y sus generales. Esto demuestra que los soldados eran mucho más que la violenta e ingobernable chusma retratada por los historiadores de la época. Dirigiéndose a Ferrante Gonzaga en relación con su presunta violencia hacia la población siciliana en 1538, los soldados «le suplicamos que ver que somos españoles y hemos de hacer lo que convenga al servicio de S. M. y de S. Ex.^ª». Pero, desde el punto de vista de los soldados, para hacer lo que convenía a su excelencia el virrey y a su majestad, el emperador tenía primero que pagarles, y atender sus necesidades. Después de todo, los soldados sabían que «después de Dios, si posesión de gloria tiene [Su Majestad] es con nuestras fuerzas y voluntad».

CAPÍTULO 4

LA EXPERIENCIA DEL SAQUEO

Siguiendo las etapas iniciales del saqueo, los soldados se hallaban súbitamente convertidos en señores de la ciudad, con pleno control sobre su población. En Prato, en 1512, «los españoles recorrieron la ciudad a pie o a caballo como señores de todo». Como sus oficiales, a menudo, eran incapaces de supervisarles, los soldados comenzaban un pillaje sistemático. Muchos de ellos deambulaban por las calles en busca de cualquier cosa que pudieran saquear. Su objetivo era tomar de la ciudad caída aquello de lo que se habían visto privados durante su vida diaria, desde comida y ropas hasta dinero, pasando por cualquier cosa que pudieran transportar y usar o vender con posterioridad. Los civiles eran rutinariamente tomados como prisioneros para obtener un rescate por ellos. Estos prisioneros eran torturados por los soldados para que revelasen información sobre tesoros escondidos, y asesinados una vez se hallaban dichos tesoros.

Algunas de las descripciones de los saqueos de Prato y Roma retratan impactantes incidentes de violencia y tortura que parecen, a todas luces, excesivos, e incluso de naturaleza sádica. Los soldados, claramente no necesitaban ir tan lejos para obtener dinero y bienes de la población local; a menudo, se les describe disfrutando parte de la violencia que ejercían. Como sucede en casos de atrocidades contemporáneas, el hecho de que los necesitados y vengativos soldados se hallasen, de modo repentino, liberados de los infortunios diarios y convertidos en amos de una ciudad completa con toda su población, reforzaba de un modo considerable la posibilidad de que se produjeran crueles episodios de una violencia extrema.

La descripción que realiza Erich Fromm sobre la violencia latente imbuida en grupos de hombres que han padecido privaciones severas, es especialmente ilustrativa como una explicación básica de la experiencia del saqueo. La base para el comportamiento sádico

[...] es la pasión por tener un control absoluto y sin restricciones sobre un ser vivo, sea un animal, un niño, un hombre o una mujer. Forzar a alguien a soportar dolor o humillaciones, sin que la víctima sea capaz de defenderse, es una de las manifestaciones del control total [...] La persona que posee poder absoluto sobre otro ser vivo, convierte a ese ser en su objeto, en su propiedad [...] La experiencia de control total sobre otro ser, de omnipotencia, genera la ilusión de trascender los límites de la existencia humana, particularmente, para aquellos cuya vida real está privada de satisfacción y alegría. [El sadismo] es la transformación de la impotencia en la experiencia de la omnipotencia. Puesto que los objetivos de la soldadesca rara vez incluían la voluntad de aterrorizar a la población para prevenir futuros combates, o para crear algún tipo de empoderamiento nacional, la tropa podía alcanzar su objetivo real, el mero saqueo material, con mucha menos violencia. Aun así, su repentino enseñoramiento sobre otros hombres y mujeres les conducía a una oleada de agresividad, típica de muchas atrocidades modernas. Como las descripciones indican con claridad, había soldados que se complacían en algunos de los más intensos y chocantes ejemplos de violencia. Esto es también típico de sucesos en los que algunos hombres experimentan, tras una larga y ardua etapa de privaciones físicas y psicológicas, una sensación repentina de omnipotencia, pero también puede caracterizar a grupos de hombres continuamente expuestos a condiciones de combate.

CAPÍTULO 5

EL COMBATE

Tanto si iban solos como si iban en grupo, los arcabuceros fueron la opción preferente de los oficiales y generales durante las Guerras Italianas para emprender estas «operaciones especiales». Como en el caso de las escaramuzas, un soldado experimentado armado con un arcabuz podía aportar la necesaria agilidad, velocidad y letalidad que tan solo una combinación de otros tipos de soldados de infantería ligera tradicional podía aportar. Como ese tipo de misiones podían implicar importantes y amplias implicaciones tácticas, o incluso estratégicas para el desarrollo de las campañas, se puede concluir sin asomo de dudas que los arcabuceros y soldados que las llevaban a cabo eran considerados capaces de afrontar operaciones complejas, peligrosas y de gran importancia.

Las frecuentes menciones sobre el uso de armas de fuego portátiles en las casi diarias escaramuzas durante las campañas, convierte la subestimación del papel de las armas de fuego en la primera mitad del siglo XVI en problemática, cuanto menos. Incluso más significativo, si cabe, es que el hecho de que los arcabuceros fueran los soldados preferidos para liderar, o al menos, asumir la mayor parte de las operaciones de combate más delicadas, es un indicativo del reconocimiento generalizado sobre la eficacia de los arcabuces, así como de la pericia y maestría de los hombres que los usaban. Desde un punto de vista táctico y tecnológico, tan temprano como en las primeras décadas del siglo XVI, los hombres armados con armas de fuego fueran espingarderos, escopeteros o arcabuceros, habían triunfado sobre la infantería equipada con armas tradicionales, convirtiéndose en la fuerza favorita de infantería para incluso las operaciones tácticas más básicas.

Desde la perspectiva de los soldados españoles, las primeras décadas del siglo XVI fueron tiempos de experimentación y asimilación del uso generalizado de las armas de fuego. Las operaciones de combate de baja intensidad requerían velocidad, pericia y ex-

periencia, tanto en el uso de armas en general como en el específico uso de armas de fuego en particular. Así pues, los arcabuceros españoles que se despertaron alarmados durante la incursión musulmana en su bastión en las costas de Túnez en 1535 tuvieron que encender sus mechas con rapidez para ser capaces de dar una respuesta al ataque por sorpresa. Ellos aprendieron a las duras que si «la gente estaba durmiendo y los arcabuceros sin fuego [en sus mechas] y descuidados con la guardia», el descuido podía transformar un ataque en una carnicería. En noviembre de 1524 se realizó, durante la campaña en Pavía, una encamisada nocturna bajo las órdenes de Pescara para asaltar Melzo. Los escopeteros y arcabuceros españoles fueron descubiertos de lejos por los guardias de la plaza que vieron centellear sus mechas encendidas, con lo que perdieron todo elemento de sorpresa y tuvieron que combatir con más dureza para tomar la villa. En esta ocasión, también aprendieron a las duras que tenían que adaptarse a las limitaciones de acometer acciones encubiertas empleando arcabuces.

Aun así, hay que dejar constancia de una importante observación antes de proceder a analizar otras formas de combate. Las armas de fuego añadieron una nueva dimensión a las escaramuzas, encamisadas, salidas y golpes de mano durante las Guerras Italianas, pero no alteraron de modo extraordinario los cimientos tácticos de estas operaciones. Las «bocas de fuego» otorgaron a los ejércitos nuevas y sustanciales ventajas en los combates de baja intensidad, pero los ejércitos continuaron empleando tácticas de hostigamiento, incursiones y operaciones especiales, básicamente, del mismo modo que se habían implementado antes del siglo XVI.

No obstante, parece que al menos para la experiencia de combate ordinaria del soldado de infantería española durante las Guerras Italianas, el término de «revolución», resultaría, de hecho, inverosímil.



Detalle del cartón n.º 8, «Batalla en los pozos de Túnez» de la serie *La conquista de Túnez*, de Jan Cornelisz Vermeyen. Kunsthistorisches Museum, Viena.

Contacto y entrevistas:

Javier Gómez Valero - Comunicación

Tel. 658 160 824 - comunicacion@despertaferro-ediciones.com

www.despertaferro-ediciones.com



DOSIER DE PRENSA

